

CONTRA EL ODIO

Carolin Emcke

PRÓLOGO

Me hundo en el cieno del abismo,
sin poder hacer pie;
he llegado hasta el fondo de las aguas,
y las olas me anegan.
Estoy exhausto de gritar, arden mis fauces,
mis ojos se consumen de esperar a mi Dios.
Son más que los cabellos de mi cabeza
los que sin causa me odian.

Salmo 69, 3-5

A veces me pregunto si debería envidiarlos. A veces me pregunto cómo son capaces de algo así: de sentir ese odio. Cómo pueden estar tan seguros. Porque quienes odian deben sentir eso: seguridad. De lo contrario, no hablarían así, no harían tanto daño, no matarían de esa manera. De lo contrario, no podrían humillar, despreciar ni atacar a otros de ese modo. Tienen que estar seguros. No albergar la más mínima duda. Si se duda del odio, no es posible odiar. Si dudarán, no podrían estar tan furiosos. Odiar requiere de una certeza absoluta. El más mínimo «tal vez» sería molesto. Cualquier «puede que» socavaría el odio y consumiría una energía que lo que pretende es, precisamente, ser canalizada.

El odio es siempre difuso. Con exactitud no se odia bien. La precisión traería consigo la sutileza, la mirada o la escucha atentas; la precisión traería consigo esa diferenciación que reconoce a cada persona como un ser humano con todas sus características e inclinaciones diversas y contradictorias. Sin embargo, una vez limados los bordes y convertidos los individuos, como tales, en algo irreconocible, solo quedan unos colectivos desdibujados como receptores del odio, y entonces se difama, se desprecia, se grita y se alborota a discreción: contra los judíos, las mujeres, los infieles, los negros, las lesbianas, los refugiados, los musulmanes, pero también contra los Estados Unidos, los políticos, los países occidentales, los policías, los medios de comunicación, los intelectuales[1]. El odio se fabrica su propio objeto. Y lo hace a medida.

El odio se mueve hacia arriba o hacia abajo, su perspectiva es siempre vertical y se dirige contra «los de allí arriba» o «los de allí abajo»; siempre es la categoría de lo

«otro» la que oprime o amenaza lo «propio»; lo «otro» se concibe como la fantasía de un poder supuestamente peligroso o de algo supuestamente inferior. Así, el posterior abuso o erradicación del otro no solo se reivindican como medidas excusables, sino necesarias. El otro es aquel a quien cualquiera puede denunciar o despreciar, herir o matar impunemente[2].

Quienes sufren este odio en su propia carne; quienes están expuestos a él, ya sea en la calle o en internet, por la noche o a pleno día; quienes deben soportar el uso de términos que encierran toda una historia de desprecio y de maltrato; quienes reciben esos mensajes en los que se desea su muerte o que sean víctimas de la violencia sexual o quienes directamente reciben ese tipo de amenazas; aquellos a quienes no se les conceden más que algunos derechos, cuyos cuerpos o cuyo tocado se denigran; quienes deben ir ocultos por miedo a ser agredidos; quienes no pueden salir de casa porque en la puerta los espera una multitud embrutecida y violenta; aquellos cuyas escuelas o sinagogas necesitan protección policial, todos los que son objeto del odio no pueden ni quieren acostumbrarse a él.

Sin duda, el rechazo latente hacia quienes son percibidos como distintos o como extraños siempre ha existido. Y no necesariamente se ha manifestado en forma de odio. En la República Federal de Alemania casi siempre se ha expresado a modo de repulsa, fruto de férreas convenciones sociales. En los últimos años también se ha ido articulando, de manera creciente, cierta incomodidad respecto a un posible exceso de tolerancia: la idea de que quienes profesan una fe distinta, tienen un aspecto diferente o practican otras formas de amar deberían darse por satisfechos y dejar tranquilo al resto. Es un hecho probado la recriminación discreta, pero inequívoca, de quienes afirman que, con todo lo que se les ha concedido ya, los judíos, los homosexuales o las mujeres deberían estar contentos y guardar silencio. Como si en materia de igualdad existiese un techo. Como si las mujeres o los homosexuales solo pudieran ser iguales hasta cierto punto, del que no se puede pasar. ¿Completamente iguales? Eso sería ir demasiado lejos. Significaría ser... eso, iguales.

Este particular reproche de falta de humildad va aparejado con el elogio soterrado de la propia tolerancia. Como si fuese un logro que a las mujeres se les permita trabajar... ¿y encima reclaman el mismo sueldo? Como si fuese loable que los homosexuales ya no sean criminalizados ni encarcelados. Esto merecería cierta gratitud por su parte, cuando menos. Que los homosexuales se demuestren su amor en privado está bien, pero ¿por qué tienen además que casarse en público?[3]

En lo que respecta a los musulmanes, la doble cara de la tolerancia se ha reflejado a menudo en la idea de que ellos pueden vivir entre nosotros con normalidad, pero que practiquen la religión musulmana ya nos gusta menos. La libertad religiosa se ha venido respetando, en especial si se trataba del cristianismo. Pero también, con el paso de los años, cada vez más voces se han alzado para decir que ya está bien de hablar de la Shoah. Como si el recuerdo de lo sucedido en Auschwitz tuviese fecha de caducidad, como los yogures. Como si reflexionar sobre los crímenes cometidos por el nacionalsocialismo equivaliese a visitar un destino turístico para luego tacharlo de la lista de viajes pendientes.

Pero algo ha cambiado en Alemania. Ahora se odia abierta y descaradamente. Unas veces con una sonrisa y otras no, pero en demasiadas ocasiones sin ningún tipo de

reparo. Los anónimos, que siempre han existido, hoy van firmados con nombre y dirección. Las fantasías violentas y las manifestaciones de odio expresadas a través de internet ya no se ocultan tras un pseudónimo. Si, hace algunos años, alguien me hubiera preguntado si creería posible que en esta sociedad se volviera a hablar así, lo habría descartado por completo. Para mí era absolutamente inconcebible que el discurso público volviera a embrutecerse de este modo y que las personas pudieran ser víctimas de un acoso tan desmedido. Es como si las expectativas convencionales sobre lo que debe ser una conversación se hubiesen invertido. Como si los estándares de convivencia se hubiesen vuelto del revés: como si quien considera el respeto a los demás como una forma de cortesía, tan sencilla como incontestable, debiera avergonzarse; como si quien niega el respeto al otro, es más, quien profiere insultos y prejuzga a voz en cuello, pudiera enorgullecerse de hacerlo.

Pues bien, que se pueda vociferar, ofender y agredir sin freno no me parece ningún avance para nuestra civilización. No supone ningún progreso que cualquier miseria interna pueda barrerse hacia fuera, porque, en los últimos tiempos, este exhibicionismo del resentimiento haya adquirido, presuntamente, relevancia pública e incluso política. Al igual que muchos otros, no estoy dispuesta a acostumbrarme. No quiero que el nuevo placer de odiar libremente se normalice. Ni en mi país, ni en Europa, ni en ningún otro lugar.

El odio del que se hablará a continuación no es individual ni fortuito. No es un sentimiento difuso que se manifieste de repente, por descuido o por una supuesta necesidad. Este odio es colectivo e ideológico. El odio requiere unos moldes prefabricados en los que poder verterse. Los términos que se emplean para humillar; las cadenas de asociaciones y las imágenes que nos permiten pensar y establecer clasificaciones; los esquemas de percepción que empleamos para categorizar y emitir juicios están prefijados. El odio no se manifiesta de pronto, sino que se cultiva. Todos los que le otorgan un carácter espontáneo o individual contribuyen involuntariamente a seguir alimentándolo[4].

Con todo, el ascenso en Alemania (y en Europa) de partidos o movimientos que practican un populismo agresivo ni siquiera es lo más preocupante. En este caso, aún cabe esperar que ellos mismos se descompongan con el paso del tiempo, ya sea debido a la arrogancia personal, a sus animosidades volubles o, sencillamente, a la falta de personal capaz de desempeñar una labor política a nivel profesional; por no hablar de sus programas que van en contra de la modernidad y que niegan la realidad social, económica y cultural de un mundo globalizado. Es probable que estos partidos también pierdan su atractivo cuando se vean obligados a participar en debates públicos en los que deban argumentar y reaccionar ante las afirmaciones de su interlocutor, cuando se les exija una interpretación racional y desapasionada de cuestiones complejas. Puede que también pierdan su singularidad, en apariencia disidente, cuando se les dé la razón en aquellos puntos en los que resulte adecuado hacerlo. Esto no hace sino reforzar la crítica de otros aspectos que los caracterizan. Y, muy probablemente, también se necesiten grandes reformas económicas que aborden el descontento social generado por el aumento de la desigualdad y el miedo a la pobreza entre las personas mayores, sobre todo en regiones y ciudades menos desarrolladas.

Pero hay algo mucho más peligroso: el clima de fanatismo. En Alemania y en otros lugares. Esa dinámica que genera un rechazo cada vez mayor hacia aquellos que poseen otras creencias o ninguna, hacia quienes tienen otro aspecto o aman de una forma diferente a lo que dicta la norma. El desprecio creciente por todo lo distinto que se extiende y que, poco a poco, va perjudicando a todos. Pues son demasiadas las veces en las que nosotros, ya sea como objeto o como testigos de ese odio, callamos aterrizados; porque nos dejamos amedrentar; porque no sabemos cómo hacer frente a ese griterío y al terror; porque nos sentimos indefensos y paralizados; porque el horror nos deja sin palabras. Ese es, por desgracia, uno de los efectos del odio: que comienza por trastornar a los que se ven expuestos a él, los desorienta y les hace perder la confianza.

El odio solo se combate rechazando su invitación al contagio. Quien pretenda hacerle frente con más odio ya se ha dejado manipular, aproximándose a eso en lo que quienes odian quieren que nos convirtamos. El odio solo se puede combatir con lo que a ellos se les escapa: la observación atenta, la matización constante y el cuestionamiento de uno mismo. Esto exige ir descomponiendo el odio en todas sus partes, distinguirlo como sentimiento agudo de sus condicionantes ideológicos y observar cómo surge y opera en un determinado contexto histórico, regional y cultural. Puede parecer insuficiente. Puede parecer modesto. Cabría objetar que los verdaderos fanáticos no se darán por aludidos. Es posible; pero bastaría con que las fuentes de las que se nutre el odio, las estructuras que lo permiten y los mecanismos a los que obedece fuesen más fácilmente reconocibles. Bastaría con que quienes apoyan y aplauden los actos de odio dudasen de sí mismos. Bastaría con que quienes lo incuban, imponiendo sus patrones de pensamiento y su tipo de mirada, se viesen desprovistos de la ingenuidad imprudente y del cinismo que los caracteriza. Bastaría con que quienes muestran un compromiso pacífico y discreto ya no tuvieran que justificarse, y sí debieran hacerlo quienes los desprecian. Bastaría con que quienes, por razones obvias, ayudan a personas en situación de necesidad no tuvieran que explicar sus motivos, y sí debieran hacerlo quienes rechazan lo que es obvio. Bastaría con que quienes desean una convivencia abierta y fraternal no tuvieran que defenderse, pero sí quienes la socavan.

Observar el odio y la violencia, así como las estructuras que los hacen posibles, significa, asimismo, visibilizar el contexto en el que se producen tanto la justificación previa como la posterior aquiescencia, sin las cuales el odio no podría germinar. Observar las distintas fuentes que alimentan el odio o la violencia en un caso concreto sirve para rebatir el consabido mito de que el odio es algo natural, algo que nos viene dado. Como si el odio fuese más auténtico que el aprecio. Pero el odio no está ahí, sin más. Es algo que se fabrica. Tampoco la violencia se produce de forma espontánea. Es algo que se incuba. La dirección que toman tanto el odio como la violencia, las personas contra las que se dirigen, los umbrales y obstáculos que es necesario derribar... todo eso no es aleatorio, no viene dado sin más, sino que se canaliza. Si, por el contrario, no nos limitamos a condenar el odio y la violencia, sino que observamos sus mecanismos, estaremos demostrando en todo momento que se podría haber hecho algo distinto, que se podría haber tomado otra decisión, que alguien podría haber intervenido, que alguien podría haber renunciado. Describir el proceso exacto que activa el odio y la violencia entraña siempre la posibilidad de mostrar cómo ambos pueden ser interrumpidos y debilitados.

Observar el odio antes de que estalle, acompañado de una ira ciega, abre otras posibilidades de actuación: determinadas manifestaciones de odio competen a la fiscalía del Estado y a la policía; pero las distintas formas de discriminación, las pequeñas e implacables estrategias de exclusión que se manifiestan en gestos y hábitos concretos, en determinadas prácticas y convicciones son responsabilidad de toda la sociedad. En tanto que miembros de la sociedad civil, a todos nos compete impedir que quienes odian puedan fabricarse un objeto a medida. Esta tarea no se puede delegar. Apoyar a los que están amenazados por su aspecto, su forma de pensar, sus creencias o su forma de amar no exige un gran esfuerzo. Son pequeños detalles los que marcan la diferencia y abren un espacio social o discursivo para aquellos a quienes se pretende excluir. El gesto más importante contra el odio tal vez sea no caer en el individualismo. No dejarse confinar en la tranquilidad de la esfera privada, en la protección que brindan el propio refugio o el entorno más próximo. El movimiento más importante tal vez sea salir de uno mismo y dirigirse hacia los demás para reabrir juntos los espacios sociales y públicos.

Como dice la voz doliente en el salmo citado al comienzo, quienes caen en las redes del odio y son abandonados en ellas se sienten hundidos «en el cieno del abismo, sin poder hacer pie». Se han quedado sin asideros. Sienten que han llegado hasta el fondo de las aguas y las olas los anegan. Se trata de no dejarlos solos, de escuchar su llamada de auxilio, de no permitir que la ola de odio siga creciendo, de crear un suelo firme sobre el que todos podamos pisar. De eso se trata.

VISIBLE-INVISIBLE

Soy un hombre invisible. [...] La invisibilidad a que me refiero halla su razón de ser en el especial modo de mirar de aquellos con quienes trato.

RALPH ELLISON, El hombre invisible

Es un hombre de carne y hueso. No es un fantasma ni un personaje de película, sino un ser corpóreo que ocupa un espacio propio, que proyecta una sombra, que podría interponerse en nuestro camino o en nuestra línea de visión; así se describe el protagonista negro de El hombre invisible, la famosa novela de Ralph Ellison publicada en 1952. Es alguien que habla y mira a los ojos de los demás. Y, sin embargo, es como si su cuerpo estuviese rodeado de espejos deformantes, en los que quienes se cruzan con él solo se ven a sí mismos o a su entorno. Ven todo lo demás, pero no a él. ¿Cómo se explica esto? ¿Por qué los blancos no pueden verlo?

No es que tengan la visión mermada, ni nada que obedezca a una explicación fisiológica: es una actitud interna del observador la que lo anula y hace que él desaparezca. Él no existe para los demás. Es como si fuese aire o un objeto inanimado,

el poste de una farola, un obstáculo que, a lo sumo, hay que esquivar, pero que no merece la menor interpelación, reacción o atención. No ser visto ni reconocido, ser invisible para los demás, es la forma de desprecio más esencial[5]. Los invisibles, los que no son percibidos en la sociedad, no pertenecen a ningún «nosotros». Sus palabras no se oyen, sus gestos no se ven. Los invisibles no tienen sentimientos, necesidades ni derechos.

También la escritora afroamericana Claudia Rankine habla en su libro titulado Citizen [Ciudadano] de la experiencia de la invisibilidad: un chico negro que viaja en metro pasa «inadvertido» a los ojos de un extraño que lo empuja y lo tira al suelo. El hombre no se detiene, no ayuda al chico a levantarse, no se disculpa. Actúa como si no se hubiera producido ningún contacto, como si no hubiese nadie. Rankine escribe: «y tú quieres que esto termine, quieres que el chico que ha acabado en el suelo sea visto, que le ayuden a levantarse, que le sacuda el polvo la persona que no lo ha visto, que nunca lo ha visto, que acaso jamás ha visto a nadie que no sea un reflejo de sí misma»[6].

Quieres que esto termine. No quieres que solo algunos sean visibles, solo quienes son reflejo de algo que alguien una vez creó y estableció como norma; quieres que baste con ser una persona, que no se necesiten más rasgos ni características para ser visto. No quieres que quienes tienen un aspecto que se salga ligeramente de la norma pasen inadvertidos; es más, no deseas que haya siquiera una norma que establezca lo que se ve y lo que no se ve; no quieres que quienes se diferencian por el color de la piel o por tener un cuerpo distinto, por amar de otra manera, defender otras creencias o albergar esperanzas que difieren de las de la mayoría que impone ese reflejo acaben por los suelos. Quieres que esto termine porque es un agravio para todos, no solo para los que pasan inadvertidos y acaban por los suelos.

Pero ¿cómo surge ese «especial modo de mirar» del que habla Ralph Ellison? ¿Por qué determinadas personas se vuelven invisibles a ojos de otras? ¿Qué tipo de afectos promueven esa forma de mirar que hace que unos sean visibles y otros, invisibles? ¿Qué ideas alimentan esa actitud que anula o enmascara a los demás? ¿Quién o qué conforma esa actitud? ¿Cómo se transmite? ¿Qué relatos históricos sustentan esos regímenes de miradas que distorsionan y ocultan a las personas? ¿En qué marco se fijan los patrones interpretativos según los cuales determinadas personas son catalogadas como invisibles e insignificantes o como amenazantes y peligrosas?

Y, sobre todo, ¿qué supone esto para quienes ya no son vistos ni percibidos como personas? ¿Qué implica para ellos pasar inadvertidos o ser vistos como lo que no son? Como extraños, delincuentes, bárbaros, enfermos y, en cualquier caso, como parte de un grupo, no como individuos con capacidades e inclinaciones diversas, no como seres vulnerables con nombre y rostro. ¿Hasta qué punto esta invisibilidad social los desorienta y anula su capacidad de defenderse?